

RAP//PAR



Gabriel Reches*

Palabras clave: youtubers - Quinto Escalón - freestyle - under - redes sociales

De algún modo, el origen de esta nota se remonta a una escena decadente que mi hijo me obligó a padecer hace unos cuatro años. Él a los diez y yo a los no importa, estábamos en esa disco de Ramos Mejía con dueño asesino de mujeres, disfrutando de la riqueza conceptual de un puñado de celebridades youtubers que, antes de subirse al escenario, habían dejado olvidados sus cerebros en alguna parte. Con Lolo, hicimos una hora de cola para no comprar una remera y juntos simulamos nuestra capacidad de disfrutar –creo que él disfrutaba en serio– cómo tres genios del Uruguay, herederos del valor de Artigas, ponían a prueba su tradición de lucha apostando quién de todos era capaz de beber más centímetros cúbicos de una gaseosa sabor pomelo. ¡Guau! En el viaje de vuelta pensé: “algo más tengo que poder ofrecerle a este pibe que desprecia la ficción y se aburre con *Zamba*”.

De vuelta en mi búnker, encaré una ardua investigación digital de diez minutos y supe –igual que él, gracias a YouTube– que unos puñados de adolescentes batallaban en las plazas para definir quién era más ingenioso y agresivo, utilizando la palabra y el ritmo como único armamento. Me pareció divertido, se lo mostré, se volvió loco, averiguamos dónde y no encontramos nada.

* Productor y director audiovisual. Periodista. Poeta y escritor. Docente de Investigación y producción de contenidos y Modelos de creación, UNPAZ. Productor y director audiovisual. Periodista. Poeta y escritor.



Unos días más tarde atravesábamos el Parque Avellaneda, en la ciudad de Buenos Aires. Una chacra, después vuelta refugio de huérfanas enfermas de tifus, después vuelta casco de estancia de familia oligárquica, ahora vuelta parque donde confluyen, todos los fines de semana, comunidades migrantes y aquellos que se hacen llamar porteños.

A bordo del auto, en medio de la bruma invernal, Lolo me señala un puñado confuso a través de la mugre de la ventanilla. “Eso es una batalla de rap, vamos”, dice. Y yo que está loco, que no se ve nada, que es su imaginación, que son unos *dealers*, unos barrabrava, porque es de noche y de noche en los parques de los barrios populares solo puede haber *dealers* o barrabravas. Lolo insiste. Lolo insiste. Lolo insiste. “Ok, bajamos pero solo para demostrarte que no”. Esta vez el padre progre y blanquito, estaba equivocado.

Esa noche de escarcha, con las manos en los bolsillos, balanceando las piernas para no morir congelados, en turnos de a dos o de a cuatro, iluminados por un farol, arriba de unos bancos de cemento, bajo gorritos de lana, unos pibes emitían vapor de frío a través de la boca. Y junto con el vapor, iban palabras. El resto balanceaba los brazos hacia arriba o hacia abajo y gritaba, cada tanto, para festejar algún acierto. Todo al ritmo de la caja percusiva, que otro pibe atesoraba en la boca.

Tras presenciar un repertorio de prejuicios sociales y agresiones escatológicas traficadas con algo de musicalidad y métrica, luego de una serie de rounds de boxeo verbal, aquellos signados despectivamente entre sí como bolivianos-negros-pobres-culeados-chetos-cagones-matones chocaban sus puños y se volvían abrazados.

“Si esto les gustó, vayan mañana al Quinto Escalón, es en Parque Rivadavia”, me desafió uno muy amistoso, que se hacía llamar “Suspiro”. Vaya nombre para un combatiente.

Aquí hay algo que no entiendo, me dije. A mi hijo de diez, en cambio, todo le pareció natural. Y mientras volvíamos en auto a nuestro hogar, comencé a escuchar cómo desde el asiento de atrás, la voz de un pendejo maldito articulaba frases rimadas para hablar pestes sobre su noble padre.

...

Basta con hurgar un poco en el mundo raper para descubrir que no se trata únicamente de una alternativa pacífica a la guerra de pandillas, solo que en Buenos Aires y no en el Bronx. El rap se emparenta con la payada pero también con la poesía, con inquietudes métricas, rítmicas, rímicas, retóricas y teatrales. Figuras como el “one-two” y el “calambur”, proponen en un juego de repentización, una exploración sonora y rímica que restaura aspectos estéticos y formales del lenguaje, que la poesía argentina consideraba clausurados. El “doble tempo”, el “flow”, el “punchline”, términos de una jerga que hace de cada espectador un erudito analista, atento a la actitud teatral, la fluidez, la capacidad que un participante tiene de noquear a su rival con palabras que suenan a la vez como mantra y latigazo.

Vamos a privarnos de dar ejemplos verbales de una letra que no puede ser disociada de su oralidad sin que pierda la mitad de su sentido.

En la tele no se consigue

A espaldas de los muñecos de cera de los canales de TV, a espaldas de los diarios y las revistas reproductores de prejuicios, en Argentina, el nuevo rap se instaló progresivamente en las plazas y parques, a través de una de sus formas primitivas: las batallas de freestyle. Después en redes sociales, de la mano de videos caseros grabados sin intervención editorial que los atara al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra.

Sin figurar en la agenda de los medios masivos convencionales, hoy el rap en español, como movimiento cultural juvenil, está en pleno crecimiento y comienza a acercarse al rock en términos de impacto masivo.

El rap argentino aparece en más de cinco millones de publicaciones de Google. Personajes como Wos y Acru, que arañan los veinte años, hoy son celebridades en términos numéricos. Solo el video de la final internacional de freestyle en la que Wos –el último campeón argentino– participó el año pasado tiene diez millones de visitas. Esto, en términos televisivos de Argentina, equivale a más de cien puntos de rating. El tema de Acru “Siempre”, comienza diciendo que “si dios existe es un freestyler”. Vuelto video desde 2015, esa frase fue escuchada por cinco millones de personas. Para contextualizar la importancia de estos números: el video más visto de Charly –una versión de “Promesas sobre el bidet”– tiene ocho (millones). La final iberoamericana más vista, con la participación del argentino Dtoke, fue vista treinta y dos millones de veces.

...



Acaso el secreto del rap, en tiempos de desjerarquización e Internet 2.0, anide en su filosofía vincular. Basado en la horizontalidad y la cercanía, el rap es un movimiento, en sus orígenes callejero que, al menos en nuestro país, goza de una enorme movilidad social. En las batallas de freestyle, un fanático consumidor de trece años puede ser, a la vez, un productor de cultura y está en condiciones de enfrentar a sus ídolos por el trono, cualquier día y en cualquier parque. A la vez, convive la exteriorización de una guerra verbal con una cultura no violenta, que celebra y se ríe de la diferencia.

Una cultura en la que todos forman parte de la misma tribu, una tribu que nació al abrigo del espacio público y tuvo que aprender a cuidarse mutuamente y, mientras tanto, a convivir con la policía, las familias, los vecinos sensibles, e incluso, los hipersensibles que siempre son los peores. Personajes emblemáticos del movimiento, como Alejo, Muphasa y Misionero, podrían dar cátedra de conducción horizontal y manejo de situaciones de crisis a más de un militante político, pastor eclesiástico o dirigente social. Para muestra, basta un Quinto Escalón...

Quinto Escalón



El Quinto Escalón nació en 2012. Un pibe que iba al secundario por el barrio, organizó una competencia de freestyle en los escalones de entrada al Parque Rivadavia. En ese entonces, no era consciente de que estaba fundando un mito.

El pibe se llamaba Alejo; al poco tiempo se sumó un Muphasa, y organizaron el certamen de a doscientos freestylers por fecha, con algunas premisas básicas. El marco de la batalla rítmica y verbal de alto voltaje era el respeto y el cuidado del otro, el cuidado del ambiente donde competían, la buena convivencia con los distintos actores del lugar.

El Quinto Escalón creció tanto que, a los cinco años, tuvieron que suspenderlo porque la cantidad de público que se acercaba superaba las posibilidades de alojamiento del parque. ¿Qué había sucedido en el medio? Redes sociales mediante, el rap argentino había dejado el under y el halo místico de la subcultura, para volverse un objeto de consumo masivo.

Pero rebobinemos unos meses y vamos a mediados de 2016. Un domingo de sol, el Quinto Escalón se abarrota de público y en medio de una competencia que muchos, sin éxito, intentan escuchar, un grupo ajeno irrumpe violentamente en el escenario improvisado. La escena se vuelve confusa, deriva en corridas sin control de parte de la muchedumbre asustada. El monstruo del mercado asoma con la sombra del pie en el hormiguero del under.

Pasan algunos minutos. Al susto se lo lleva el tiempo y el público vuelve. Ya no están los artistas en el escenario. En el escenario está solo “El Misio”, en silencio, con objetos en la mano. Así le dicen al que también le dicen “El Misionero”. Apenas un flaco que se hizo famoso como histriónico MC o maestro de ceremonias, si alguien prefiriera llamarlo de ese modo. Un pibe repleto de tatuajes, collares, anillos, preocupado por su imagen, una aparente celebridad legitimada por sus quichicientos mil seguidores.

El Misio y Alejo, en medio del escenario, comienzan a hablar con las personas que vuelven. Primero ayudan a que los chicos perdidos encuentren a sus padres, después a que los documentos y las mochilas perdidas encuentren a sus dueños, más tarde recaban los objetos de valor que en la confusión se perdieron. El Misio aprovecha para explicar cómo nació la movida del rap en Argentina, para los recién llegados vía red social. Cuenta que está basada en la celebración de lo diverso y en el respeto por el otro. Por último, explica junto a Alejo que someterán a decisión colectiva si la competencia puede continuar o no en esas condiciones.

Me voy del parque junto a mi hijo. Mientras manejo recuerdo la masacre de Cromañón y a los dirigentes sindicales que, años atrás, entregaron a mis compañeros. Por un segundo, siento que la única solución a los problemas del país en que vivo es el rap.

El complot

Ahora estamos en Garín, hace calor, hace casi un mes que no llueve y hay barro. A veces en Garín, el barro parece brotar desde lo más profundo de algo que tampoco es exactamente suelo. Hay zonas populares del conurbano –sitiadas por barrios privados– donde los hechos no suceden, necesariamente, como los estudiosos de CABA suponen que fuera debido o previsible. Suceden donde y cuando suceden.

A los ojos de, supongamos, la Fundación Socialdemócrata de Blancos Bienintencionados, ahora mismo estamos parados en “el territorio”. Para las personas que me rodean, en cambio, solo camino por el barrio donde viven, el que recorren todos los días. Un barrio que no puedo nombrar, para respetar la privacidad de dos tipos muy peligrosos.

Limitémonos a decir que habrá unas cinco hectáreas de basural a cielo abierto, donde los pallets de descarte de una industria descartada se apilan como torres de Babel, solo que aquí ningún poder celestial se alarma. Error.

No alarmarse es un error. Avisemos a las autoridades celestiales que, en esta zona de pallets arrumbados, barro y casitas, hay una mujer que planifica empanadas caseras en el patio y, a unos metros, dentro de una pequeña pieza que no parece decir nada, muy pronto esos dos tipos peligrosos que prefieren mantener en secreto sus coordenadas, en un encuentro alquímico, se refugiarán del sol para avanzar con su atentado: desde hace algunos años, junto a otros cofrades, ellos están modificando el lenguaje español de acuerdo a leyes nuevas.



Uno de ellos se llama Agustín Cruz, pero se hace llamar Acru. No llega a los veinte, pero ya es considerado un rapero argentino “de la vieja escuela”. Se hizo conocido en las batallas de freestyle, pero ya no compite porque considera que su camino actual necesita de más elaboración lírica, pasa por la composición. Acru vive en un barrio popular de Villa Adelina y cada vez que quiere grabar, viaja en colectivo hasta Garín, donde lo espera Nicky808 GOD, su amigo y productor musical. Mientras atraviesa la colectora, anota en su cuaderno las líneas que se le aparecen, e incluso, prueba a decirlas sin prestar atención a las reacciones de su auditorio accidental.

Hace poco un documentalista bienintencionado y medio superficial le propuso a Acru registrar su llegada a “una compe”. Pero la contestación fue no. Y más: “Quizás yo no soy tanto del perfil de llegar y hacerme ver así se filma qué le sucede a la gente”.

Ese rapero insolente y su productor ahora están en la pequeña pieza de Garín. Custodiados por la señora de las empanadas, rodeados por mascotas cachorras de varias especies. Mientras atardece, prueban líneas de rap. Rap = golpecito, golpe, charloteo, acusación. Mientras, acosado por las métricas que su hijo prepara en su contra, el documentalista ensaya notas sobre el rap, para expiar culpas en publicaciones universitarias.

